

divino y humano hice surgir a su paso, obtuvo de ellos solamente una deliciosa sonrisa de simpatía.

Ilusión de Pensar.—Al despertar, en la mente de los grandes hombres las ideas atrevidas, los pensamientos audaces, las concepciones generosas, fuí más afortunada que mis hermanas. Mas ay! ¡cuán breve fué mi triunfo!

Schehrzada.—Y aquí ¿has encontrado algo, hada generosa?

Hada.—Aquí terminaron mis peregrinaciones por el universo; hemos encontrado, entre estos muñecos que inventó la fantasía humana, el pájaro azul de la verdadera felicidad.

Mittil.—¿Dónde está?

Tittil.—¿Cuál es?

El Hada.—El amor materno. Habéis oído a todos los personajes que alegraron las horas felices de vuestra infancia ingenua y de vuestra adolescencia encantadora: todos ellos proclaman las excelencias del amor de madre.

Schehrzada.—Es la única de las ilusiones que conmigo no viene.

Hada.—No podía acompañarte porque ilusión no es.

Schehrzada.—Si no lo es, ¿por qué tanto la buscabas, teniéndola tan cerca del corazón?

Hada.—Porque el amor materno, como todas las dichas verdaderas, como la verdadera Felicidad, está cerca de nosotros, está en nosotros mismos, sentimos su aliento vivificador, inspira nuestras mejores acciones sin que comprendamos que es a él a quien todo lo debemos.

Cenicienta.—Eso lo llegamos a comprender cuando la muerte traidora nos arranca la mujer querida para quien todas las felicidades están resumidas en una sola: la dicha del hijo adorado.

Mittil.—Tienes razón, hada admirable: el pájaro azul de la felicidad está en nuestra propia casa.

Tittil.—¡Tan cerca de él que estábamos y tan lejos que venimos a encontrarlo!

Mittil.—¿Y te pesa?

Tittil.—No, hermana adorada, porque he conocido al seguir su huella muchas cosas hermosas, muchas gentes amables, preciosos panoramas, nobles acciones...

Schehrzada.—En una palabra, nos conocisteis a nosotros, los personajes de quienes, con ligereza tal vez, te hablaban profesores sabihondos que no veían más lejos de su propia nariz.

Hada.—Y vosotros, niños encantadores, que habéis escuchado esta tarde las frases sugestivas de los muñecos de que hablan los cuentos infantiles, acordaos que las madres, vuestras amorosas madres, a fuerza de tanto entonar canciones, a fuerza de tanto prodigar amor, han dejado de ser mujeres para convertirse en lo que somos nosotras, hadas generosas, que os ayudan a cortar, con sabiduría, las rosas de las ilusiones para que no os hagan sufrir las espinas del desengaño; hadas admirables que hacen más buenas las fuentes serenas en las que, tarde o temprano, habéis de saciar vuestra sed antes de recorrer el estrecho y cansado sendero de la existencia.

JOSÉ FABIO GARNIER



El poeta EDUARDO URIBE

(Visto por PACO RODRÍGUEZ RUIZ).

Eduardo Uribe

LA VOZ OBSESIONANTE

San José, Costa Rica

MCMXXIV

lonso donde las armas liberales obtuvieron su primera victoria luchando casi sin elementos o con los que se le arrebatában al enemigo. Después de tres mortales días de combatir ruidamente se tomó a Cúcuta en donde las fuerzas revolucionarias establecieron el Gobierno Provisorio.

Entre el alborozo del primer triunfo vino a amargar la alegría general un cable de Quito en que se comunicaba la muerte del Indio Uribe. En Colombia era conocido este gallardo paladín del liberalismo con este nombre familiar. Después de don Juan Montalvo no ha tenido la América panfletista más formidable, polemista más insigne, de clásico decir, de verbo encendido y convincente, de vehemencias arrebatadoras como Juan de Dios Uribe. La obra de este luchador consta de varios volúmenes, pero anda todavía dispersa en folletos y periódicos, y sus discursos, críticas literarias y polémicas han salvado ya la posteridad. La muerte le sorprendió siendo Secretario particular del General Alfaro y Rector de la Universidad de Quito. Todavía se recuerda y se cita con frecuencia su famoso discurso fúnebre

ante los restos de Máximo Jerez, pronunciado en León de Nicaragua, que empieza de esta suerte: «El partido liberal no cree en la resurrección de los muertos porque él los resucita en la conciencia de los pueblos libres». Quien oyó este panegírico nos cuenta que Juancho Uribe fué llevado hasta su casa en hombros por la multitud que lo escuchaba, y los restos del gran de hombre quedaron medio solos por el delirio de la ovación.

Hijo de este notable hombre de las letras colombianas es Eduardo Uribe, mozo imberbe que mantiene el fuego sagrado de la belleza, característico en este apellido cuyos miembros han sobresalido en las ciencias, en las artes y en la milicia. El talento en esta familia no ha sido una efímera flor de contingencia sino una afirmación continua que prueba una vez más la ley de la herencia.

Eduardo Uribe acaba de publicar en esta ciudad un hermoso volumen de versos con el inquietante nombre *La voz obsesionante*, prologado bellamente por Carmen Lira, la insigne escritora que lleva el Cetro de la intelectual-

(Pasa a la página 171).

ERA el año de 1899. El liberalismo colombiano hostigado por el despotismo de los gobiernos conservadores, se había lanzado a la guerra civil para reivindicar sus derechos y las libertades que no se le querían conceder. Habían marchado al destierro hombres de la talla de Santiago Pérez Triana, César Conto, Juan de Dios Uribe y muchos otros. Fué en Pera-